

El sermón del monte (III)

La actitud ante las obras de piedad

José L. Sicre

En la primera sección del Sermón del Monte, Jesús pone en guardia a sus discípulos contra el legalismo de los escribas, basándose en seis casos concretos de interpretación de la Ley. En la segunda, los pone en guardia contra la hipocresía de los fariseos, aduciendo tres ejemplos típicos de cómo éstos se comportan y de cómo debe actuar un cristiano.

Los fariseos

Antes de comentar las palabras de Jesús, diremos algo sobre los fariseos. Eran en su mayoría gente del pueblo sin formación de escriba. Pero sus relaciones con los escribas eran tan estrechas que no se les puede separar con seguridad de ellos. Lo primero que conviene tener presente es que forman comunidades cerradas. Son miembros de asociaciones religiosas que se esfuerzan por vivir de acuerdo con las prescripciones relativas al diezmo y la pureza ritual. Esas comunidades tenían reglas concretas para la admisión de sus miembros. Había un período de prueba de un mes o un año de duración (según hillelitas o shammaitas), durante el cual el postulante tenía que dar pruebas de su capacidad para observar las prescripciones rituales.

Por ejemplo, los fariseos pensaban que cuando los alimentos sólidos o secos entraban en contacto con alguna cosa impura, no contraían impureza, a no ser que se hubiesen mojado antes con uno de estos siete líquidos: rocío, agua, vino, aceite, sangre, leche, miel de abejas. Por consiguiente, el candidato debía

mantener alejados de sus frutos y legumbres y de otros alimentos secos estos siete líquidos. Y si se trataba de vestidos, que contraían impureza por presión o contacto con cualquiera que estuviese levíticamente impuro, tenían que observar esta norma durante doce meses antes de ser admitidos. (Así se comprende el problema del sacerdote en la parábola del buen samaritano; no se acerca al que ha sido asaltado por los ladrones porque, si está muerto, queda contaminado). Los hillelitas se contentaban en ambos casos con treinta días de prueba. Naturalmente, estas normas tenían que seguir observándose toda la vida.

Una vez terminado el período de prueba, el candidato se comprometía a observar los reglamentos de la comunidad sobre la pureza y el diezmo. Esta promesa se hacía ante un escriba. Desde entonces, el fariseo era miembro de una asociación que tenía sus jefes y sus asambleas; parece que celebraban una comida en común, especialmente el viernes por la tarde, al comienzo del sábado. Las asociaciones fariseas intervenían a veces en público, por ejemplo para pésames o con ocasión de acontecimientos gozosos (bodas, etc.). Tenían su propia justicia interior; entre otras cosas, podían pronunciarse sobre la expulsión de un miembro.

En tiempos de Herodes no eran muy numerosos, unos seis mil. Su relación con el pueblo era muy curiosa. Por una parte, intentaban "democratizar" las prescripciones del AT relativas a la pureza y la alimentación de los sacerdotes, haciéndolas extensivas a todos los fieles. Esto suponía un gran enfrentamiento con la aristocracia sacerdotal, los saduceos, y les valió el favor del pueblo. Por otra parte, los fariseos no estimaban a la gente sencilla iletrada, a la que despreciaban por no pagar el diezmo, y trazaban una clara separación entre ellos y la gran masa. De todos modos, eran muy estimados.

La actitud de Jesús ante los fariseos

Jesús se enfrentó radicalmente a estas ideas fariseas sobre la pureza y el diezmo. En otro discurso del evangelio de Mateo encontramos las siguientes invectivas:

"Ay de vosotros, fariseos hipócritas, que pagáis el diezmo de la hierbabuena, del anís y del comino y descuidáis lo más grave de la ley: la justicia, el buen corazón y la lealtad! ¡Esto había que practicar!, y aquello no dejarlo. ¡Guías ciegos, que filtráis el mosquito y os tragáis el camello!

¡Ay de vosotros, fariseos hipócritas, que limpiáis por fuera la copa y el plato, mientras por dentro rebosan de robo y desenfreno! Fariseo ciego, limpia primero la copa por dentro, que así quedará también limpia por fuera.

¡Ay de vosotros, fariseos hipócritas, que os parecéis a los sepulcros encalados! Por fuera tienen buena apariencia, pero por dentro están llenos de huesos de muerto y de podredumbre; lo mismo vosotros: por fuera parecéis

honrados, pero por dentro estáis repletos de hipocresía y de crímenes" (Mt 23,23-28).

Pero en el contexto del Sermón del Monte Jesús no se fija en los detalles relativos a la pureza y al diezmo, sino en tres rasgos específicos de la piedad farisea, en tres prácticas que no se consideraban absolutamente imprescindibles para la salvación, pero sí muy convenientes para agradar a Dios: la limosna, la oración y el ayuno.

Jesús enuncia ante todo un principio general: "Cuidado con hacer vuestras obras de piedad delante de la gente para llamar la atención; de lo contrario, os quedáis sin paga de vuestro Padre del cielo" (6,1). Esta frase es capital para entender todo lo que sigue. Jesús no está en contra de las obras de piedad, quiere que sus discípulos las practiquen. Con lo que no está de acuerdo es con el modo en que las llevan a cabo los fariseos: "delante de la gente, para llamar la atención", para ganarse fama de buenos y piadosos. Y, para Jesús, el modo de actuar es tan importante que puede anular todo el mérito de la obra piadosa: "de lo contrario, os quedáis sin paga de vuestro Padre del cielo".

Una vez enunciado este principio, lo aplica a los tres casos de que hablábamos antes: limosna, oración y ayuno. Usa un esquema fijo, con frases que se repiten: "cuando hagáis limosna...", "cuando recéis...", "cuando ayunéis"; "como los hipócritas"; "han recibido su paga, os lo aseguro", etc. En estos tres ejemplos contraponen dos posturas:

* la del hipócrita, que busca publicidad y obtiene su recompensa de los hombres;

* la del cristiano, que procura pasar desapercibido y obtiene su recompensa de Dios.

Limosna

"Por tanto, cuando des limosna, no lo anuncies a toque de trompeta, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en la calle para que la gente los alabe. Ya han cobrado su paga, os lo aseguro. Tú, en cambio, cuando des limosna, que no sepa tu mano izquierda lo que hace la derecha, para que tu limosna quede escondida, y tu Padre, que mira escondido, te recompensará".

La limosna era una obra de piedad importantísima entre los fariseos y entre los judíos en general (igual que posteriormente entre los musulmanes). Ya en el libro del Deuteronomio encontramos: "Si hay entre los tuyos un pobre, un hermano tuyo, en una ciudad tuya, en esa tierra tuya que va a darte el Señor, tu Dios, no endurezcas el corazón ni cierras la mano a tu hermano pobre. Abrele la mano y préstale a la medida de su necesidad. Cuidado, no se te ocurra este

pensamiento rastrero: 'Está cerca el año séptimo, año de remisión' y seas tacaño con tu hermano pobre y no le des nada, porque apelará al Señor contra ti, y resultarás culpable. Dale, y no de mala gana, pues por esa acción bendecirá el Señor, tu Dios, todas tus obras y todas tus empresas. Nunca dejará de haber pobres en la tierra; por eso yo te mando: Abre la mano a tu hermano, al pobre, al indigente de tu tierra" (Dt 15,7-11).

Más que de limosna en sentido estricto se habla en este caso de prestar una cantidad que el pobre devolverá posteriormente. Se supone que se trata de campesinos modestos que necesitan ayuda para plantar la cosecha, o que han tenido pérdidas irreparables ese año.

Más tarde, surgieron auténticos pobres, sin medios de subsistencia, a los que no bastaba prestar. Había que regalar, sin esperar que devolviesen nada. En esos casos se recomienda la limosna en sentido estricto, y con toda generosidad. En el libro del Eclesiástico encontramos estas palabras:

"Hijo mío, no te burles de la vida del afligido,
no deprimas al que sufre amargamente;
no le gruñas al necesitado
ni te cierres al ánimo abatido;
no exasperes al que se siente abatido
ni aflijas al pobre que acude a ti,
ni niegues limosna al indigente;
no rechaces la súplica del pobre,
ni le des ocasión de maldecirte:
si en la amargura de su dolor clama contra ti,
su Hacedor escuchará su clamor. (...)
Sé padre para los huérfanos y marido para las viudas,
y Dios te llamará hijo y su favor te librá de la desgracia" (Eclo 4,1-10)

"Sé generoso con el pobre,
no le des largas en la limosna;
por amor a la Ley recibe al menesteroso,
y en su indigencia no lo despidas de vacío;
pierde tu dinero por el hermano y el prójimo,
no lo echas a perder bajo una piedra;
invierte tu tesoro según los mandatos del Altísimo,
y te producirá más que el oro;
guarda limosnas en tu despensa,
y ellas te librarán de todo mal;
mejor que escudo resistente o poderosa lanza,
lucharán contra el enemigo a tu favor" (Eclo 29,8-13).

Jesús no está en contra de esta práctica. El mismo, a pesar de la forma de vida tan modesta que llevaba, practicaba la limosna. Y lo mismo hicieron las primeras comunidades cristianas. Lo que Jesús no admite es que se haga limosna para quedar bien. No insisto en este tema porque creo que sus palabras han calado en la mentalidad de los cristianos. Podríamos citar bastantes casos en contra, sobre todo de fiestas benéficas (que tienen poco de benéficas y nada de cristianas), pero la inmensa mayoría de la gente sabe que ésa no es la actitud correcta. El tema de la limosna volverá a aparecer cuando hablemos de la actitud ante el dinero; Mateo no pretende agotarlo en este momento, sino exponer la actitud correcta.

Oración

Una segunda obra de piedad importantísima para los fariseos era la oración. Jesús trata el tema con palabras casi idénticas a las anteriores.

"Cuando recéis, no hagáis como los hipócritas, que son amigos de rezar de pie en las sinagogas y en las esquinas para exhibirse ante la gente. Ya han recibido su paga, os lo aseguro. Tú, en cambio, cuando quieras rezar, métete en tu cuarto, echa la llave y rézale a tu Padre que está escondido; y tu Padre, que mira escondido, te recompensará".

De nuevo, no se trata de criticar la oración. Para Jesús es importantísima. Dedicaba noches enteras a ella e insistió en la necesidad de orar para mantenerse firmes en los momentos de la prueba. Lo que no admite es manipular la cosa más sagrada, la relación con Dios, para quedar bien delante de la gente. Sus palabras no hay que interpretarlas en sentido literal ("métete en tu cuarto, echa la llave"), sino en su espíritu, en el deseo de pasar desapercibido. Por ejemplo, Jesús no estaría en contra de que se entrase en la Iglesia a rezar; pero no le gustarían esas manifestaciones, que a veces se siguen dando, de gente que intenta llamar la atención y pasar por piadosas.

Hay otro aspecto relacionado con la oración que a Mateo le preocupa y del que quiere prevenir a sus cristianos. La gente habituada a la oración corre el peligro de caer en la palabrería inútil. Por eso añade: "Cuando recéis, no seáis palabrereros como los paganos, que se imaginan que por hablar mucho les harán más caso. No seáis como ellos, que vuestro Padre sabe lo que os hace falta antes que se lo pidáis. Vosotros rezad así..."

En este momento introduce Mateo el "Padre nuestro" como modelo de oración cristiana¹. La oración más rezada y, quizá, la menos comprendida en algunos detalles. ¿Qué piensa mucha gente cuando dice: "santificado sea tu nombre", o cuando pide: "venga a nosotros tu reino"? Aconsejo al lector que coja una cuartilla, escriba las distintas peticiones dejando un espacio en blanco, y luego anote lo que se le ocurra sobre cada una de ellas. Es una forma sencilla de ahondar personalmente en el texto más profundo del Evangelio. Porque el "Padre nuestro" no es una simple oración; es la síntesis de todo lo que Jesús vivió y sintió a propósito de Dios, del mundo y de sus discípulos. En torno a estos temas giran las siete peticiones.

Frente a un mundo que prescindir de Dios, lo ignora o incluso lo ofende, Jesús propone como primera petición, como ideal supremo del discípulo, el deseo de la gloria de Dios: "santificado sea tu Nombre"; o, dicho con palabras más claras: "proclámese que Tú eres santo". Es la vuelta a la experiencia originaria de Isaías en el momento de su vocación, cuando escucha a los serafines proclamar: "santo, santo, santo, el Señor, Dios del universo" (Is 6). La primera petición se orienta en esa línea claramente profética que sitúa a Dios por encima de todo, exalta su majestad y desea que se proclame su gloria.

Ante un mundo donde con frecuencia predominan el odio, la violencia, la crueldad, que a menudo nos desencanta con sus injusticias, Jesús pide que se instaure el Reinado de Dios, el Reino de la justicia, el amor y la paz. Recoge en esta petición el tema clave de su mensaje ("está cerca el Reinado de Dios"), en el que tantos contemporáneos concentraban la suma felicidad y todas sus esperanzas. Y, como síntesis de la preocupación por Dios y por el mundo, esa petición de que la voluntad de Dios, su proyecto de salvación, se realice de forma tan manifiesta en la tierra como en el cielo.

Como tercer centro de interés de la oración, aparece la comunidad. Ese pequeño grupo de seguidores de Jesús, que necesita día tras día el pan, el perdón, la ayuda de Dios para mantenerse firme. Peticiones que podemos hacer con sentido individual, pero que están concebidas por Jesús de forma comunitaria, y así es como adquieren toda su riqueza. Cuando uno imagina a ese pequeño grupo en torno a Jesús recorriendo zonas poco pobladas y pobres comprende sin dificultad esa petición al Padre de que le dé "el pan nuestro de cada día". Cuando se recuerdan los fallos de los discípulos, su incapacidad de comprender a Jesús, sus envidias y celos, adquiere todo sentido la petición de que "perdone nuestras

¹Lc lo sitúa en otro contexto, quizá más exacto, cuando los discípulos se quejan a Jesús de que los discípulos de Juan Bautista y los de los fariseos tienen oraciones propias, cosa que no les ocurre a ellos. Entonces, Jesús les enseña el "Padre nuestro". Ver Lc 11,1-4.

ofensas". Y, sobre todo, pensando en ese grupo que debió soportar el gran escándalo de la muerte y el rechazo del Mesías, la oposición de las autoridades religiosas, se entiende que pida "no caer en la tentación" y "ser librado del Maligno".

Sin entrar en un comentario detenido a cada petición, en conjunto nos muestran que la oración cristiana debe ser *amplia y profunda*.

Amplia, porque no podemos limitarnos a nuestros problemas personales, pequeños o grandes; la oración cristiana debe girar en torno a los tres grandes temas de Dios, el mundo y la comunidad.

Profunda, porque al presentar nuestros problemas no podemos quedarnos en lo superficial y urgente: el pan es importante, pero también el perdón, la fuerza para vivir cristianamente, el vernos libres de toda esclavitud.

Al mismo tiempo, la oración cristiana debe realizarse en un ambiente de confianza e intimidad ("Padre"), con sentido comunitario ("Padre *nuestro*", *danos*, *perdonanos*, etc.) y en una disposición continua de perdón; por eso Mateo añade inmediatamente después del Padre nuestro: "Pues si perdonáis sus culpas a los demás, también vuestro Padre del cielo os perdonará a vosotros. Pero si no perdonáis a los demás, tampoco vuestro Padre perdonará vuestras culpas". El tema del perdón es capital en el mensaje y en la vida de Jesús. Volveremos a encontrarlo en otros contextos. Pero tiene especial importancia el que la oración cristiana por antonomasia vaya acompañada en Mateo de esta seria advertencia.

Ayuno

Por último trata Mateo el caso del ayuno. Una práctica habitual en Israel desde tiempos antiguos, que se celebraba en determinados días del año (fecha de la caída de Jerusalén, del asesinato de Godolías, etc.), pero que las personas piadosas hacían extensiva a otros momentos.

Con palabras casi idénticas a las anteriores dice Jesús: "Cuando ayunéis, no os pongáis cariacontencidos, como los hipócritas, que se afean la cara para ostentar ante la gente que ayunan. Ya han cobrado su paga, os lo aseguro. Tú, en cambio, cuando ayunes, perfúmate la cabeza y lávate la cara, para no ostentar tu ayuno ante la gente, sino ante tu Padre que está escondido; y tu Padre, que mira escondido, te recompensará".

La actitud de Jesús ante el ayuno no es tan clara como en los casos anteriores. En favor de una actitud positiva ante el ayuno podríamos aducir que él mismo se preparó para su actividad pública con un ayuno de cuarenta días. Pero debemos reconocer que a sus discípulos no les insistió en este tema, e incluso la opinión pública era que, mientras los discípulos de Juan Bautista y los

de los fariseos ayunaban, los de Jesús no lo hacían. Precisamente para defendeser de este ataque aduce Jesús que "no se puede echar vino nuevo en odres viejos", ni "echar un remiendo de tela nueva a un vestido viejo". En el contexto de la discusión, la idea es clara: el ayuno pertenece al mundo "viejo", a las prácticas que resultan incompatibles con el mensaje de Jesús; observar el ayuno sólo serviría para echar a perder los odres y que se derramase el vino. En cualquier caso, la Iglesia primitiva no interpretó de forma tajante estas palabras de Jesús, y siguió practicando el ayuno en ciertas circunstancias, aduciendo que ahora vivía un momento distinto; después de la resurrección, "le habían arrebatado al esposo", y tenía motivos para ayunar.

En cualquier hipótesis que se acepte sobre la opinión de Jesús a propósito del ayuno, lo que Mateo quiere indicar ahora es la forma en que no se debe ayunar. Y las palabras que pone en boca de Jesús son más curiosas de lo que pueden parecer a primera vista. Para nosotros, el ayuno no tiene relación con la forma de vestir, mucho menos con lavarse o ducharse. Para un israelita era distinto. Al ayunar quería provocar la compasión de Dios. Al no comer, aparecía como pobre. Si encima no se lavaba, ni se perfumaba, se echaba polvo y ceniza etc., aparecía como la persona más desgraciada del mundo. Dios, casi a la fuerza, tenía que compadecerse de su miseria. Jesús tira por tierra todo este montaje, con lo cual pone en crisis al mismo ayuno. La ironía desconcertante de sus palabras podemos entenderla si las actualizamos de esta forma: "Tú, cuando ayunes, cómete un buen filete, para no ostentar tu ayuno ante la gente".

Sin embargo, un buen conocedor del Antiguo Testamento no se sentiría desconcertado por estas palabras de Jesús. Siglos antes, un profeta anónimo había realizado la crítica más radical y cruel del ayuno, pidiendo que esas prácticas ridículas fuesen sustituidas por algo mucho más importante:

"El ayuno que yo quiero es éste –oráculo del Señor–:
 abrir las prisiones injustas, hacer saltar los cerrojos de los cepos,
 dejar libres a los oprimidos, romper todos los cepos;
 partir tu pan con el hambriento, hospedar a los pobres sin techo,
 vestir al que ves desnudo y no cerrarte a tu propia carne" (Is 58,6–7).

El texto de Mateo no concreta de forma tan clara. Se mantiene a nivel de pura crítica, sin sugerir una alternativa radicalmente distinta. Pero esta postura del evangelista está justificada porque no pretende ahora proponer una teoría del ayuno, sino unir esta práctica a las dos anteriores, para exponer la auténtica actitud ante las obras de piedad. Para Jesús, la piedad del cristiano debe quedar a escondidas, entre él y Dios.

José L. Sicre